

Les 8<sup>o</sup> jaquette 1<sup>o</sup>

605

~~pe-10~~

10

# ARMONÍA

DE LA HIGIENE CON LA MORAL.

---

*UVA. BHSC. LEG.08-1 n°0605*

HTCA

U/Bc LEG 8-1 n°605



1>0 0 0 0 2 8 6 3 9 7

DE LA HIGIENE

ARMONIA

DE LA HIGIENE CON LA MORAL

# DISCURSO

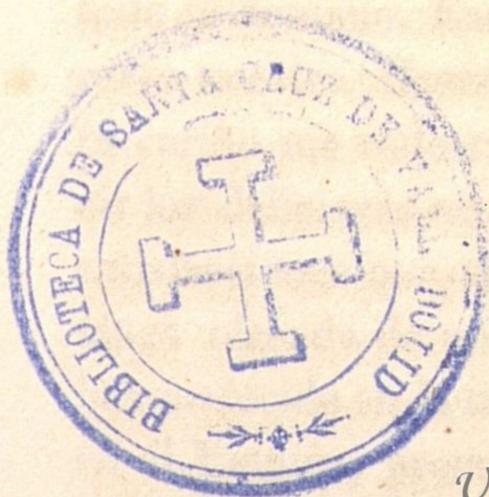
LEIDO

en la Universidad de Madrid

POR

**DON LUCIANO ALONSO LASSO DE LA VEGA.**

**en el acto solemne de recibir la investidura de Doctor en Medicina y Cirujía.**



UVA. BHSC CFC 08.1 n°0605

**MADRID:**

IMPRESA DE ANTONIO MARTINEZ,  
calle de la Colegiata, núm. 11.

—  
1854.

01210120

REPUBLICA

en la Universidad de Madrid

DR. EUGENIO ALONSO FANZO DE LA VEGA

en el acto solemnemente de recibir la investidura de Doctor en las  
ciencias y letras

UVA. BHSC. LEG.08-1 nº0605

UNIVERSIDAD DE ALONSO FANZO DE LA VEGA

1921

## A MIS QUERIDOS PADRES.

La Providencia me ha favorecido con el conocimiento de tan generosos padres, que han sacrificado gustosos todas las comodidades de la vida, en gracia de proporcionar al hijo que les dedica este recuerdo tan brillante educacion cual les permitiera su humilde fortuna. En la contemplacion de su valía se me ofrecen todos los tesoros del amor con sus inefables goces; toda la dulzura de la amistad en sus hermosos atractivos; toda la grandeza de la sublime abnegacion en el heroismo de sus privaciones. A surtir los manantiales de estos atributos sin igual atiende su sola naturaleza con una constancia modelo: las demás afecciones de la tierra, merced á las tristes lecciones de mi corta esperiencia, se me representan cual árboles que no florecen sino les riega y vivifica el jugo de una complacencia incesante. Desgraciadamente el conocimiento de esta verdad no se ha posesionado de mis convicciones hasta que la avara suerte me ha robado, en la muerte de mi amante padre, la mitad de los elementos de mi ventura. Siempre solícito por los progresos científicos de su hijo, anhelaba como su felicidad el verle elevado al apogeo de la carrera, que simboliza este acto; pero el cielo, en sus misteriosos designios, le arrebató á los espacios que yacen mas allá del sepulcro cuando apenas faltaban dos meses para que presenciara el triunfo de sus nobles deseos. ¡Oh! si hoy viviera, la inmensa satisfaccion que su espíritu sentiría, siendo ademas apasionado de los honores literarios solo pudiera compararse á la de otro adorado objeto que, para reparar el triste vacío de la mitad de mi corazon, llena con su presencia todo su dominio. Ese objeto eres tú, madre querida, cuyos dias conserva nuestro Hacedor apiadado de la completa desventura que sin tu cariño me rodeara: tú sola eres hoy la que en la tierra me haces oír los deliciosos ecos de la ternura; tú sola la que mereces todas las satisfacciones que me depare el porvenir. Dígnate recibir esta espontánea ofrenda de mi corazon; teje con ella la corona de ventura que has merecido en la tierra y aspira á merecer con igual justicia la que en el Empíreo premiará las virtudes del amado autor de mis dias, cuya honrosa senda piensa seguir, en bien de la humanidad, vuestro apasionado hijo,

*Luciano Alonso Lasso de la Vega.*



ECXMO. SEÑOR:

Pertenece á la medicina ayudar  
á la moral en la grande obra de  
mejorar la suerte de los hombres.  
(*J. Droz.—Filosofia moral,*)

En medio de las amarguras de la vida, que desgraciadamente son el frecuente alimento de nuestra sensibilidad, alternan á veces impresiones de tal dulzura en nuestro corazon, que el idioma humano es harto pobre para espresar la grandeza de la dicha que experimentamos bajo su influjo, y que filosóficamente considerada nos hace preconcebir la inmensa felicidad á que es llamado el hombre, y cuya consecucion es el sublime objeto de su destino. Tal es el grato sentimiento de mi ser en este instante, el mas solemne y honroso de mi vida. Empero al considerar que desde esta tribuna, último escalon para subir al trono de la ciencia, que tan dignamente ocupais, se os han dirigido tesoros de sabiduría en brillantes de elocuencia, y que por sí solos justificaban las elevadas pretensiones de sus autores; al abrigar la profunda conviccion de que sus sacrificios en las aras de la ciencia les hacian acreedores á que esta «reconocida» coronara su asiduo culto con los laureles que consagra al talento aprovechado, mi ánimo se persuade de que mas bien vuestra bondad que mis merecimientos me trae á este sitio y me prepara generosamente un lugar entre tanto varon esclarecido. Indigno soy á la verdad de que mi pequeñez figure al lado de vuestra grandeza, pero mi inteligencia trabajará afanosa para aumentar su humilde patrimonio en la ciencia, con cuyas brillantes insig-

nias vais á enaltecerme. Conozco el camino del estudio que conduce á tan honrosa adquisicion y le emprenderé animoso, alentado por el favor con que en este dia me distinguis: si no logro aparecer digno de el, templará mi desventura el recuerdo de haberlo procurado: sirva esta sincera protesta de excusa á mi arrojito al presentarme en este lugar.

Paso ya á presentar á vuestra ilustrada consideracion mis reflexiones sobre un punto de notable trascendencia para la vida de la humanidad, y siquiera me sienta muy débil en fuerzas intelectuales para elevarme á la inmensa altura que alcanza tamaña cuestion, el convencimiento de la nobleza de mi objeto me impulsa á aceptarle, supliendo en todo caso la grandeza de mi deseo y la benevolencia inseparable de vuestros esclarecidos talentos, á la insuficiencia de mi capacidad. En todos tiempos el corazon del hombre, sintiendo en sus senos el doloroso vacío de la dicha á que aspira, y que algun dia debiera alcanzar, se ha agitado afanoso por resolver el obscuro problema de facilitársela, y en su penosa ansiedad, luchando por do quiera contra la incesante amargura que acibara su sentir, ha sido, con fatal frecuencia, dócil á la voz de violentas emociones físicas que, invitándole al disfrute de aquello que los sentidos le ofrecen bajo un aspecto halagüeño y fascinador, le han precipitado á adoptar con avidéz los medios de procurárselo, fundando sin duda en su obtencion el complemento del bien á que se juzga destinado. ¿Há sucedido siempre asi? ¿Podrá lisonjearse nuestro espíritu de su espontáneo asentimiento á las inclinaciones del corazon? ¿Deberia autorizar la ciencia que se ocupa principalmente de la prosperidad de nuestra naturaleza física, que puesto habitamos en la esfera terrestre de que ella toma sus elementos, siga el hombre en su género de vida la regla que le traza su organización material, abdicando el espíritu sus excelsas dotes ante las necesidades de esta? ¿Hasta qué punto justificarian la razon y la experiencia que el voto de la medicina apoyara esta pre-

tendida sumision? Tales son los extremos sobre que consignaré el fruto de mis reflexiones, y al dirigirme la evidencia de que el interés de nuestra conservacion hallará su mas segura garantía en adoptar los preceptos que, relativos á estos puntos, establece la higiene, me contemplo fiel intérprete de sus votos al formular la siguiente proposicion:

*«La satisfaccion de nuestras necesidades físicas, morales é intelectuales en cuanto lo permiten los preceptos de la razon natural iluminada por el cristianismo y sancionada por la esperiencia, mejora la salud física del hombre elevando su dignidad moral.* No desconozco que esta materia, por las consideraciones á que se presta y que aduciré, parecerá agena de mi facultad á algunos espíritus superficiales, mayormente si les preocupa la tan arraigada como injusta creencia de que el médico todo lo ve bajo el prisma de la materia; pero el respetable cuerpo á cuyo juicio someto mis conceptos, conocedor de las dimensiones que abarca la mision del verdadero médico, de las tendencias satisfactorias que hoy van tomando todas las ideas y del homenaje de adhesion que la ciencia humana rinde convencida á las verdades de otro órden superior, no estrañará que me ocupe en demostrar, cuánto bien se seguirá á la especie humana, si, renunciando á conseguir por medios violentos y apasionados una felicidad que en la tierra la está vedada, ajustaré sus deseos á las reglas que comprende el eterno código de higiene, contenido en el evangelio; ó por lo menos, respetando la propension que algunos tienen á creer tan solo en lo que la esperiencia sanciona, se tomaran lecciones de esta y se desechara como un manantial de perennes sufrimientos físicos y morales el uso de ciertos goces, que no por ser instantáneamente placenteros y verlos en nuestra ciega fantasía con los colores ~~mas visuales y atractivos~~ <sup>mas vistosos y atractivos</sup>, dejan de merecer la mas grave censura por los estragos que causan, cuando no les dirige la prudencia. Estudiada la significacion de estos desórdenes, no puede ocultarse

á ninguna inteligencia clara é imparcial que revelan la espiacion de la falta cometida y la consecuencia infalible, de que el orgullo de dictarse su ley el hombre, cuando la naturaleza se la tiene dada mas sábia y adecuada á su bienestar, importa consigo una muerte prematura á la que conduce paulatinamente el lento fuego que consume los órganos, cuando la medida mas criminal tomada en un momento de desesperacion no le arrastre á un precipicio. Si la higiene procura nuestra salud; si no omite medio para prevenir el desarrollo de nuestras enfermedades; si es muy cierto el estrecho enlace que une lo físico á lo moral del hombre y viceversa, verdad tan acreditada en el estado normal como en el patológico; si la paz del alma se trasluce al través de una fisonomía serena y de un sentimiento de bienestar que nos hace grata la vida; si las pasiones turbulentas é impetuosas nos arrastran á procederes que provocan nuestras enfermedades ó nuestra muerte, ú ocasionan la de nuestros semejantes; si el que observa mejor conducta moral y marcha acorde con lo que de consuno recomiendan la ciencia médica y la religion, disfruta el premio de una salud mas constante, y se ahorra el inevitable recuerdo de excesos que reconviene al espíritu y de reflejo oponen un yugo de hierro que, oprimiendo la organizacion física, la encadena en la normal libertad con que ejerce sus funciones, ¿por qué no proscribir como contrario á la salud del hombre tanto exceso como en el órden moral comete, ya que en el físico pone tan esmerado celo en procurarse lo que juzga le es provechoso, evitando lo que estima nocivo? No es esto contrariar las saludables medidas que, aunque con sensible lentitud, van adoptándose por conservar la pureza del aire, por proveerse de víveres de buena calidad, de los vestidos mas convenientes segun la temperatura reinante y de todas las demas ventajas que, en órden á la salud, proporcionan las mejoras sociales que va promoviendo la marcha progresiva de la civilizacion; lejos de eso, me felicito de que los progresos de esta,

principalmente en el órden industrial, hayan reportado tantas comodidades que á la vez prolongan y hacen mas grata la vida; pero el órden moral es no menos fecundo en elementos de salud ó de muerte que el físico, y asi como se procura el no respirar el mofetismo de un aire mal sano, el no tomar una bebida nauseabunda ó un alimento alterado contra, cuya desfavorable influencia nos previenen los sentidos, haciéndonos presentir sus perniciosos efectos, asi tambien, y con igual razon, debiéramos evitar sacudimientos en la atmósfera envenenada de las pasiones y de cuyo triste influjo nos previene la conciencia pronunciando en silenciosos ecos los males que de su accion habremos de experimentar. Todo en el hombre, como en la naturaleza entera que está llamado á dominar, y lo que gradualmente va consiguiendo, se relaciona de una manera admirable: todo publica el órden que ha presidido á la creacion. Esta verdad inconcusa pudieran comprobarla infinitas pruebas. Pero aquí, consecuente con el objeto que me he propuesto, ciñéndome á los reducidos límites de este escrito y no perdiendo de vista la salud del hombre, que es el elevado fin del médico y adonde conducen estas sumarias reflexiones, considerando á tan privilegiado ser en sus principales atributos, me esforzaré en demostrar la verdad que dejo formulada en el sentido de que solo satisfaciendo sus necesidades físicas, morales é intelectuales en el grado y órden que prescribe la naturaleza, recomienda la higiene y ordena la moral, puede prometerse las ventajas de una salud completa; la deliciosa calma que recompensa el bien obrar y el espléndido desarrollo de la inteligencia que sobre tan sólidas bases consigue. El hombre es tambien una trinidad: tiene una sola individualidad, pero en ella se observan claramente fenómenos de sensacion, de sentimiento y de inteligencia: atender á cualquiera de los tres en desventaja de los restantes es una aberracion en el órden lógico y un manantial de padecimientos que, á la larga originan, la muerte ó abolicion progresiva de todos ellos en el fisio-

lógico. La medicina no puede sin descender de su dignidad, sin que afectara desconocer la constitucion humana, sin faltar á su noble mision, recomendar solamente los cuidados de la parte material. El médico, que es el que mas profundamente estudia y conoce la fisiología de nuestro ser, sabe que hay en el hombre un sentimiento que no basta á llenar todo lo que en el mundo existe; que tiene una inteligencia para cuya satisfaccion sería insuficiente penetrar todas las maravillas de la creacion, si sus profundos misterios no se le ocultaran, acaso para siempre, con un velo impenetrable. El médico, que distingue estas necesidades reales de nuestra organizacion; que sabe por raciocinio y esperiencia que en su satisfaccion armónica estriba la salud y la felicidad del hombre, no quiere el sacrificio de las unas por las otras; desea que se escuche la voz respectiva de cada una de ellas; que se nutra la inteligencia con el alimento de la verdad; que se ennoblezca el sentimiento con la aspiracion á lo bueno y á lo bello; que se complazca á la sensacion asintiendo á sus peticiones legítimas en lo que la razon autorice y la conciencia consienta, no traspasando jamás las cuerdas advertencias de ese vigilante tan prudente que se nos ofrece en nuestra sensibilidad y que nos dice oportunamente «basta» cuando la necesidad que anunciaba se encuentra satisfecha. Por desatender tan naturales preceptos, que están escritos en las profundidades de nuestra organizacion y que el hombre leería si ilustrado é imparcial se examinara á sí propio, ha incurrido en graves desaciertos, ha sentado absurdas paradojas y el triste resultado de tanto estravío ha sido hundirse en el sepulcro las generaciones antes de que la muerte natural se encargara de precipitarlas en él. Atendiendo los materialistas á su teoría del placer y los espiritualistas al desarrollo del sentimiento y la idea, con abstraccion de la naturaleza física, demandan respectivamente que se satisfagan con preferencia las necesidades animales ó las morales é intelectuales segun sean los primeros ó los segundos los que tracen el género de vida á la hu-

manidad. Estas doctrinas exclusivas contienen los gérmenes de la mala direccion que se ha dado á nuestros instintos, sentimientos y talentos, ó necesidades físicas, afectivas é intelectuales, conocidas tambien por estos nombres, y que permitiendo imperar la voz de unas ú otras han inducido á extravíos en su satisfaccion que son el origen de las pasiones. La historia de la humanidad nos enseña que, siempre imprudente el considerar á unas con preferencia á las demás, nada es sin embargo mas degradante y ruinoso á su existencia que el dejarse vencer por las pasiones animales. Preguntad á los vastos imperios de la antigüedad, á los de Asiria, el Egipto, la Persia, Cartago, Roma, etc., á que han debido su rápida disolucion cuando parecian formidables por su poder, y por qué medios le adquirieron en el origen de su nacionalidad; en las tristes páginas que legaron al porvenir os revelarán, que mientras las costumbres fueron morigeradas, mientras los placeres materiales no fueron el Dios á que rindieron culto, sanos, fuertes y robustos acrecentaban su prosperidad y dominio sobre la tierra: desde el momento en que haciendo lamentable abuso de los favores de la fortuna, conquistas de la energía moral y física de una vida virtuosa, se sumergian en los goces de la sensualidad, su inteligencia se eclipsaba, decaia el vigor de su espíritu y se enervaba toda su organizacion. Esta verdad de aplicaciones absolutas se deja sentir en el individuo como en las sociedades; en el primero es donde con mas precision se han estudiado las lamentables consecuencias de este abuso. Describir circunstanciadamente los estragos de cada pasion animal, sería esceder los límites que me he propuesto: otros lo harán ó habrán hecho con ilustrados detalles; yo solo consignaré aqui que la gula que á tan peligrosas flegmasías del tubo intestinal, gota, etc., dispone; la embriaguez que priva al hombre de su libre alvedrío y le constituye en el estado de una locura espontánea, como decia Séneca; la lujuria que es la pasion brutal que mas estrago hace en la inteligencia y la sensibili-

dad y la que mas le asemeja á las innobles especies animales, tipos de ella, hallándose por el contrario los hombres mas sábios entre los continentes, como se encargó de probar el siempre célebre Canciller de Inglaterra; la ira que, en el vértigo de su frenesí, principia por abrasar la sangre y acabaría por destruir el mundo si la vuelta de la razon ó el recuerdo de su propia dignidad no aconsejara al hombre que domine una situacion que tanto le acerca á las fieras y que tan violentamente irritadas deja sus entrañas, particularmente la secretoria de la bÍlis; la avaricia, vicio el mas miserable y odioso de cuantos envilecen el corazon del hombre, que tiene la triste prerrogativa de crecer con los años, y á quien adora sobre todo el viejo precisamente cuando su ídolo, un poco de tierra amarilla, va á dejar de serle necesario; ese manantial fecundo de inquietud, de insomnio, de presentimientos fatídicos para el porvenir, principia por secar el corazon humano haciéndole sordo á la voz de los impulsos mas hermosos; marchita su naturaleza en la ardiente ansiedad con que la consume; la impone el duro sacrificio de sus mas precisas necesidades, por no desprenderse del tesoro en cuya conservacion cifra su ventura, y no pocas veces concluye en la muerte, precedida de las aberraciones de la locura ó sucesiva al marasmo que ha producido la miseria en que sacrifica á su víctima. Todas estas pasiones, Excmo. Sr., que con otras cuya indicacion suprimo en obsequio á la brevedad, son perversiones de instintos naturales, que bien dirigidos conducirian á nuestro bien estar, constituyen el conjunto de las calificadas por la higiene con los epítetos de animales, brutales ó vicios y que la severidad de nuestro dogma comprende entre sus anatemas, envuelven un veneno, cuyas fatales consecuencias se sienten mas ó menos pronto segun la violencia con que el vicioso se entrega á sus funestos atractivos. Encadenando la sublimidad de la inteligencia, cegando las nobles fuentes del sentimiento, estragan al hombre y le colocan en la abyecta condicion de un animal depra-

vado, que en fuerza de la ley indeclinable de la espion, que sigue mas ó menos pronto á todo mal, le constituyen en su propio verdugo, impulsándole á coronar la obra de sus excesos con el horrible remate del suicidio. No es esto decir que no deba fomentarse el desarrollo y la prosperidad de la naturaleza física, sobre todo en la infancia y la juventud en las que la frecuente inclinacion á comer, moverse, etc., nos indican la oportunidad de atender sus necesidades con preferente celo; la razon y la esperiencia han hecho conocer que sobre sus robustos cimientos se desenvuelven poderosos y se sostienen enérgicos el sentimiento y la inteligencia, la fuerza moral é intelectual; resiste el hombre con mas vigor los dolorosos quebrantos de la vida y es mas ancha la esfera de su capacidad, que si dotado de una constitucion débil desde la infancia y en cuya ayuda ó mejora no interviniera la feliz influencia de una acertada direccion higiénica, el cerebro participará como los demás órganos de esta debilidad primitiva: fuertes estímulos al sentimiento ó á la inteligencia enervarian bien pronto los órganos de su region media ó anterior, donde segun las muy probables teorías de los frenólogos, residen, en los primeros, las facultades morales y en los segundos las intelectuales; pero es menester procurar en lo sucesivo que el instrumento no se mantenga superior al agente que le anima; es preciso impedir que su exuberancia plástica, comprimiendo al cerebro en la libertad de su ejercicio, deje solo lugar al juego del gran simpático, que nos induce á descollar en la parte instintiva y arrastra á las pasiones que acabamos de juzgar.

Veamos ahora como deberemos conducirnos con las facultades del sentimiento para que ennoblezcan al hombre y, conteniéndose su ejercicio en los límites convenientes, contribuyan al sostenimiento de la salud. Por ellas se revela <sup>DVA. BHSC. 646.08-1. n.º 0605</sup> ya su superior organizacion; no se limitan sus necesidades á las puramente físicas de comer, respirar, ejercitarse, reproducirse, etc., tiene tambien inclinacion irresistible á amar, aprecio de sí

mismo, el sentimiento de la justicia, del honor, etc. No hay un afecto mas grato á la vida que el del amor mientras es moderado, puro, generoso y constante: quiere labrar la ventura del ser á quien se dirige, y halla en su correspondencia una fuente de dulzura que halaga la vida y la imprime una benéfica reaccion contra las afecciones deprimentes del espíritu, que tan profundamente enervan las fuerzas de nuestra organizacion; sentimiento sublime que bien educado y dirigido hace de la tierra un paraiso, proporciona goces incomparables y obra como un tónico que fortalece nuestra salud: pero apenas se separa un poco de los límites que le señalan la prudencia y la moral, se convierte en un manantial fecundo de dolorosos sufrimientos: el amor excesivo ó contrariado hace infeliz al hombre á quien domina. En el primer caso la ausencia del objeto querido le entristece, le arranca suspiros, no digiere, su sueño desasosegado repara mal las fuerzas, enflaquece y se debilita su salud. Siempre fijo su pensamiento en el ser á quien ama, se ha creado la necesidad de respirar en la atmósfera de su compañía, y, si no la satisface, padece. En el segundo, triste, abatido, pesaroso, la profundidad de su pena enerva las fuerzas físicas, deteriora su constitucion, vive solo consumiéndose en deseos estériles, carece de aptitud para consagrarse al desempeño de sus deberes, sobrevienen desórdenes nerviosos hijos de los deterioros que la afeccion moral le ocasiona y se vé marchitar, no pocas veces, la lozanía de una flor juvenil en el marasmo á que la conduce su desventura; la tisis, las enfermedades del corazon y el suicidio son tambien el resultado de esta pasion burlada.

Véase, pues, cuanto importa dar una acertada direccion á estos sentimientos naturales tan propios para embellecer la vida como para martirizarla, segun se mantengan en <sup>UVA. BHSC. LEG. 08-1 n° 0605</sup> razonados límites ó los escedan; todos los que del hombre brotan son elementos de su felicidad bien dirigidos, de su desgracia cuando van extraviados. La higiene recomienda que al aparecer en

la escena de la vida las facultades morales, sean educadas bajo la ilustrada direccion de talentos virtuosos y que, conocedores de todos los peligros por que vá á cruzar el adolescente, le señalen los escollos en que puede estrellarle su inesperienza. El niño como el adolescente, débiles de razon, necesitan autoridad tan benévola como instruida que les dirija, hasta que fuerte su inteligencia con los progresos de la edad, la adquisicion siempre creciente de ideas, y las lecciones de la escuela social le hagan comprender por sí mismo, donde está el bien para seguirle, donde el mal para evitarle. Fuerte el sentimiento cuando la razon es todavía tierna para dominarle, mandando, como suele decirse, el corazon á la cabeza, no es de extrañar sucumbiera en la lucha la parte más débil, mayormente si aquel está relacionado con algun instinto poderoso. Siente el hombre necesidades nuevas; cree que en su satisfaccion se encuentra la posesion de la dicha y obra conforme á esta deducccion. Solo el influjo de las buenas costumbres, que son el alma de las sociedades, el edificante ejemplo de personas virtuosas, sus sanos consejos, la separacion de todo aliciente al objeto que se procura distraer, porque en los órganos del sentimiento como en los del instinto é inteligencia el estímulo acrecienta su actividad; la direccion de las fuerzas vitales á un punto distinto y otros recursos que indica cada caso particular, discretamente empleados, podrán impedir que se comuniquen un desarrollo desmedido ó direccion viciosa á nuestras inclinaciones afectivas, de que se reporta tanto bien en su empleo prudente y oportuno, como mal origina su ejercicio precipitado é irregular. La higiene, como para los instintos, se pone de acuerdo con la moral para dirigir los sentimientos en beneficio del individuo y la sociedad, proscribiendo sus excesos como perturbadores de la salud: la reflexion que antecede es, con ligeras modificaciones, aplicable á todas las facultades afectivas, morales ó sociales, bajo cuyos títulos se conocen las relativas al sentimiento. El hombre tiene tambien el sublime don de

la inteligencia que desenvolver: sus facultades son las que le elevan prodigiosamente sobre todos los demas seres de la creacion: son el mas noble atributo de su especie y aquellas por que se aprecia mas distintamente la excelsitud de su destino. En desarrollarlas convenientemente se funda sobre todo la solucion de nuestro porvenir: encargadas de dirigir los instintos y los sentimientos, que comunes tambien á las especies animales, aunque los últimos en grado rudimentario respectivamente al hombre, compréndese bien la alta importancia de ilustrarlas cuanto sea compatible con el normal ejercicio de todas las funciones. El estudio es el alimento del espíritu, pero es menester mucha prudencia en no proporcionarle mas de lo que pueda digerir, porque entonces fácilmente podria obrar como un veneno. Por haberse dejado arrastrar con poca cordura del grato atractivo del saber, muchos hombres célebres han depravado su constitucion; las tareas que temerarios se han impuesto, han gastado considerablemente el caudal de su inervacion, y el acúmulo que de ella hacen en el cerebro, privando á los demas órganos de la vitalidad necesaria al cumplimiento de sus funciones; las consecuencias de la inaccion á que por lo regular se entregan; el olvido de las necesidades orgánicas; los insomnios etc. que son el lamentable resultado de las oscilaciones nerviosas porque pasan, han terminado, despues de mil alteraciones en la digestion, nutricion y deterioro progresivo del organismo, por perder la memoria, el juicio y el razonamiento en el estupor nervioso que producen sus desmedidas tareas; tan cierto es que la naturaleza no consiente que se falte á las leyes de su equilibrio, aunque sea con la intencion mas noble. Esta verdad, á falta de otras pruebas, la confirmaria el desgraciado término que tuvo la inteligencia del siempre original Leibnitz, de Linneo, el eminente naturalista, del nebuloso Kant, etc. Véase, pues, cuán necesario es que el hombre concilie lo mejor posible el desarrollo armónico de todos sus órganos y facultades; que se atienda á las fases de su res-

pectiva evolucion para cultivarlas y educarlas segun el desarrollo de la naturaleza las vaya ofreciendo: que no se pretenda de la infancia lo que solo permite la juventud, ni de esta lo que es peculiar de la virilidad. Edúquense en la primera los instintos que es cuando mas sobresalen, límiteseles á un moderado desarrollo no sea que en lo sucesivo imperen sobre otras facultades mas nobles y que son las que mas enaltecen al hombre; atiéndase á los sentimientos principalmente en la adolescencia, pues si bien se observarán ya en la niñez, se hallan entonces como rudimentarios, y procúrese que se efectúen sus aspiraciones en la atmósfera de las buenas costumbres, *porque el hombre, como ha dicho sábiamente Villerme, es tanto el producto de su atmósfera física y moral como de su organizacion*; habitúesele á dominar ya sus pasiones, que es en lo que consiste el heroismo humano; vaya entonces la inteligencia ilustrada de sus semejantes en sustitucion á la suya, todavia no desenvuelta; atiéndase con esmero á inyectar en el corazon el agua de la bondad, porque sin que este envíe tan saludable jugo al cerebro, siempre serán infecundas las concepciones de este; y para cuando al adquirir el complemento de su desarrollo pueda funcionar el último en toda su energía, ofrézcasele entonces toda la racion de ideas mas apropiadas á su gusto intelectual y que pueda digerir sin trastorno propio ó de los demás órganos. Hasta entonces no se le permitan sinó las acomodadas á lo tierno de su consistencia, porque fácilmente pudiera distendérsele mas de lo que consiente su elasticidad é inutilizarse para siempre las cuerdas de donde proceden las vibraciones intelectuales. La naturaleza que, en sus leyes, en su armonía, en el admirable enlace de todos sus elementos y fenómenos nos descubre la sabiduría de su creador, es la guia mas luminosa de todas nuestras acciones, <sup>UVA. BHSC. LFG. 08-1 70605</sup> es la gran madre de todos nuestros conocimientos; cumple al hombre observarla é imitarla, ver que en ella todo guarda su orden é importancia relativa y que cada cosa se sostiene

ne en el grado conveniente al juego normal del conjunto. Por no seguir el hombre su sábio ejemplo tiene que lamentar innumerables desórdenes que le impiden llegar al término natural de su carrera. Dése, pues, á la materia y á al espíritu, al instinto, sentimiento y talento su desarrollo gradual, oportuno y metódico; satisfacer con preferencia los primeros es inclinarse á la baja condicion de la animalidad, descender el hombre de su noble rango; dejarse llevar ciego de los segundos es esponerse á las desastrosas pasiones que ocasiona su mala direccion y á las frecuentes enfermedades y muertes que éstas producen, cumpliéndose así el verdadero dicho de un médico filósofo que asegura que *la mayor parte de los hombres salen de este mundo por la puerta moral*: pretender levantar los tercetos ó los talentos sobre las ruinas á que da lugar el abuso de su ejercicio en las sólidas bases de la organizacion material, sería lo mismo que intentar la erccion de un edificio sin que se afirmara en fuertes cimientos. Estudie, pues, el médico los caractéres con que en lo exterior del cráneo, en la fisonomía, en su organismo en general se reflejan los instintos, sentimientos y talentos; compruebe sus juicios en cada individuo por la observacion de las tendencias y actos de este, y hecha una razonada apreciacion de la influencia respectiva de las edades, temperamentos, constitucion, clima, localidad, hábitos, profesion, etc., dedíquense á señalar el régimen de vida que mas conviene á cada cual, sin olvidar nunca que el acierto en un sistema de buena educacion consistirá en dirigir metódicamente los instintos y fomentar en lo posible el desarrollo y actividad de las facultades intelectuales y morales, que son las que mas honran á la humanidad, ayudando así la higiene á la legislacion y á la religion en su laudable objeto de procurar por diversos caminos la felicidad del hombre, proporcionándole salud la primera, buena fama y estimacion pública la segunda y tranquilidad de conciencia la tercera: la observancia de sus respectivos códigos labrará la ventura del hom-

bre; su infraccion le ocasionará enfermedades, pérdida del honor, é inquietud por su eterno destino.

Apuntadas estas sumarias ideas relativas á las pasiones que mas descuellan por su importancia ó por la frecuencia con que se las observa, espondré ahora en globo y de una manera genérica, que todas ellas, muy análogas bajo diversos aspectos á las enfermedades, estan como estas bajo el dominio de la higiene para preservarlas, que es lo mas fácil, y bajo el de la terapéutica para corregir sus desórdenes cuando cuentan una existencia inveterada, muy difícil de vencer; que, todo enlazado maravillosamente en nuestro ser, son solidarias entre sí como los órganos en que radican; que exaltada cualquiera de ellas pone en juego las demas que coadyuban á su objeto, acallando las que le son opuestas; pero como la naturaleza tiende á la armonía y á la salud, muchas veces una pasion contraria viene á neutralizar los efectos de otra, señalando al médico en este proceder el que le corresponde seguir, que es imitarla; que su etiología generalmente se funda en causas morales, que perturbando primero la inervacion, alteran despues las condiciones normales de los humores ó de los sólidos, haciéndose así mas complicados y duraderos sus efectos; que las formas de reaccion que determinan en el organismo son variables segun su naturaleza y las condiciones individuales de la persona á quien afectan. Si son alegres llaman al exterior las fuerzas vitales, atraen la sangre del centro á la perifería, coloran la piel y elevan su calor, comunicando una impresion benéfica al organismo, mientras su influencia es moderada; si son tristes retraen por el contrario las fuerzas de la vida, las concentran generalmente en los órganos del vientre, palideciendo y enfriándose la piel; otras hay de accion mixta, como la cólera, y que atrayendo la vitalidad al interior, como las <sup>UVA. B. H. S. C. C. F. G. 08. 1. n.º 0605</sup>deprimientes ó tristes, en el principio, la dirigen despues con mas ó menos violencia hacia fuera, segun la fuerza respectiva de cada organizacion. Obran principalmente las alegres sobre los órganos to-

rácicos, avivando la acción circulatoria y produciendo frecuentemente padecimientos en el corazón, aneurismas, hipertrofias, etc., cuando su impulso es violento; las tristes, al dirigirse sobre las vísceras abdominales, trastornan sus funciones, alteran como es consiguiente, las cualidades del quilo y de la sangre, debilitan la nutrición y enervando las fuerzas vitales, imprimen el sello del abatimiento en las funciones físicas y disminuyen la energía moral; resultados de su acción sostenida son los marasmos, las fiebres lentas, las tisis, cánceres del estómago, etc. Por una correspondencia tan misteriosa como singular, las alteraciones materiales ó dinámicas de los órganos situados por bajo del diafragma, ejercen sobre la moral del enfermo la influencia mas triste; es víctima de presentimientos sombríos, de ideas nebulosas, se hace mas susceptible su carácter, se desalienta y apagado en él el grato sentimiento de la esperanza, se entrega á los furores de la desesperación, influencia lamentable, que á su vez agrava la causa de que depende; al paso que en las enfermedades localizadas por encima de dicho tabique muscular, es frecuente observar que los pacientes se crean bellas ilusiones, fantásticas esperanzas y aereos proyectos de expediciones, etc., á medida que el peligro de su olvidada situación se acrecienta. ¿Quién dudará en vista de estas observaciones tan palpables y tan luminosas, que ni aun á la penetración de los profanos en ciencias médicas pasan desapercibidas, el estrecho enlace de lo moral y de lo físico, y que lo que proporciona tranquilidad á lo primero, produce salud á lo segundo y vice-versa? Sin duda apoyados en la observación de estos hechos ó simpatías patológicas, creyeron los antiguos que las pasiones estaban situadas en las vísceras del pecho y vientre, atribuyendo la cólera al hígado, el valor y la sabiduría al corazón, la jactancia al pulmón, pero los progresos de la fisiología han venido á demostrar que tomaban el efecto por la causa y que las disposiciones innatas de ellas, trasmisibles como las de algunas enfermedades, por generación, residen

en los órganos del cerebro, deduciéndose por el naciente estudio de la craneoscopia de Gall y el de la fisiognomía de Labater los signos porque se revelan las facultades de donde nacen. Estas ramas del árbol fisiológico están llamadas á ilustrar el diagnóstico, todavia muy oscuro, de las pasiones; mas como á poco que ejerzan su tiranía sobre el organismo, ocasionan alteraciones dinámicas ó materiales, la medicina ha descuidado comunmente el tratamiento moral que demandan, aplicándose solo á remediar las lesiones orgánicas que originan. Tienen estrecho contacto con la locura de que apenas las diferencia otra cosa que la duracion; de consiguiente el médico, ilustrado con la triste esperiencia de los trastornos que ocasionan en la salud, tan luego vislumbre su influencia, debe apresurarse á neutralizarla, porque si al principio piden, luego exigen y concluyen por obligar, haciendo asi al individuo instrumento forzoso de las demasías á que impulsan, y que sobre martirizar su existencia, rompen el equilibrio social con los crímenes á que inducen. Reclaman en su tratamiento, sobre todo cuando son graduadas y sus efectos se estienden á los sólidos ó líquidos del cuerpo humano, las emisiones sanguíneas, atemperantes, baños, distracciones y otros recursos tomados principalmente de la higiene, que en todo son los preferibles, propinados discretamente segun la especialidad de la reaccion vital; pero la filosofía de todos los planes curativos, para las pasiones como para las enfermedades, quiere que el médico principie por abstraer al paciente de la influencia de la causa patogenética; que ordene despues los medios que mas se relacionan con la índole de la afeccion que haya de tratar, y concluya recomendando á su cliente, luego de curado, el plan preventivo de la vuelta del mal. Y ¿dónde irá á buscar recursos para cumplir su benéfica misión cerca de los males á que dan origen las penas del alma, que se agravan por la continuacion de la causa, y que aunque ocurra la feliz suerte de que no ocasionen lesiones materiales, secan

sin embargo, las fuentes de la inervacion, y gastan la vida entre las tormentosas neurosis que producen? ¿A qué libro apelaremos para estudiar la curacion de estas dolencias, lento martirio de las personas mas sensibles y oprobio del poder físico de la medicina? ¿En dónde se hallarán los tesoros de la civilizacion moral que vengan á regenerar la parte inmaterial, ya que los admirables progresos de la industrial, cada dia mas brillante, van regenerando su parte física, para que á través de los espacios y de los siglos llegue el hombre á recobrar, por la ley de la perfectibilidad sucesiva, su bello tipo primitivo, á que parece tender? ¿Quién le guiará, á pesar de tanto error, vicios, pasiones y enfermedades porque antes pasa, á tan plausible estado de regeneracion física y moral y al que debe contribuir el médico por el camino que le corresponde? ¿Dónde germinará la semilla de tan anhelado fruto? En el terreno del cristianismo. Para concluir, Excmo. señor, consecuente con el espíritu que me ha guiado en la confeccion de este escrito, permitidme hacerlo enumerando someramente algunos de los numerosos beneficios que á este árbol perenne de vida debe la salud humana, y por las que merece sinceras felicitaciones de la medicina.

Esta institucion divina que, cuando vacilante y suspensa la pobre razon del hombre entre las sombras que reinaban acerca de la eternidad, vino á desvanecer la inquietud de tan desconsoladora incertidumbre señalándole en el cielo el fin glorioso de su destino; que inoculó en el carcomido árbol de la antigua civilizacion «lento veneno» del linage humano, la vivificante sávia de la moderna, que cada dia se perfecciona mas; que mejora la materia armonizándola con la idea y el sentimiento; que sembró la semilla de la caridad sobre la tierra produciendo su germinacion los hospitales, los hospicios y tantos establecimientos de beneficencia bajo cuya sombra se guarecen los desgraciados, y en cuyo seno se curan las llagas de la humanidad; la que ha establecido la igualdad sobre la tierra, honrado to-

das las profesiones, y que encargada de destruir la esclavitud no distingue otras categorías que las que se apoyan en el mejor cumplimiento de nuestros deberes; la conquistadora del mundo, por todos los medios contrarios á las empresas humanas, encierra en su constitucion las mas sábias reglas para la conservacion de nuestra salud recomendando la sobriedad, la templanza, la castidad y todas las virtudes, cuyas ventajas en el órden físico patentiza la higiene. En nuestros infortunios, abatidos por la postracion que ocasionan las afecciones deprimentes del espíritu, le reanima con sus consuelos y alienta en la esperanza de que las penalidades inmerecidas tendrán inefable recompensa en el reino de la justicia. Templa la tormentosa agitacion de la agonía infundiendo en el alma del que recibe sus ausilios la calma mas benéfica: opera maravillas la administracion de sus santos sacramentos en el curso de angustiosas dolencias á que han conducido los desórdenes morales, recomienda el ayuno y la abstinencia precisamente en la época de la mayor fermentacion de la sangre, evitando asi fiebres y flegmasias graves; previene con la oracion y otras prácticas saludables el desarrollo de las pasiones, ayudando al tratamiento médico y legislativo en la correccion de sus estragos, cuando, no dominadas en el principio, se resisten fácilmente, como con abundantes datos ha probado Descuret, á cualquiera de estos tratamientos aislados. Ella preserva á la sociedad de tantos crímenes, como sin el necesario rigor de sus preceptos perturbarian su curso normal; contiene á los afortunados en la resbaladiza pendiente de su situacion, y con las limosnas que aconseja hace pasar lo superfluo, del rico que pudiera dañarle, á manos del pobre que lo necesita para su sustento: prohibiendo los matrimonios entre parientes, impide que se perpetúen en las familias algunos padecimientos que las imprimen un sello especial, como desgraciadamente acontece entre la nacion Judia; y sobre todo, haciendo comprender al médico la alta mision que le está cometida,

lo que vale el ser inmortal cuya salud le está confiada, lo que interesa á los fines de la Providencia que llegue el hombre al término de su destino terrestre por el natural camino de la muerte senil, le estimula á emplear su vida en bien de la humanidad, pone en su boca palabras de amor, de consuelo y benéfico interés que tanto reaniman la energía moral del enfermo, y que atemperan su dolor; ya que por otros medios no se le permita el limitado poder de la ciencia. Esquirol ha dicho que para curar á los locos es preciso amarlos; yo creo que pudiera estenderse tan elogiabile pensamiento á todos los enfermos: pienso mas, y es que por brillante que sea la ciencia del hombre, reportará pocos bienes á sus semejantes, mientras las aplicaciones que de ella haga, no sean impulsadas por un corazon generoso. Juventud de mi pátria que te dedicas á la difícil profesion de la medicina, no olvides esta verdad, y hazte digna de corresponder con tu talento y nobleza bien educados á la incomparable autoridad de tener en tus manos la vida de los hombres. El médico debe ser un dechado de moral, si es que ha de inculcar con éxito á sus clientes las ventajas de que pongan su salud bajo el escudo de las buenas costumbres. Concluyo diciendo, como un erudito y laborioso catedrático de esta escuela lo hace en sus recomendables obras; *que la moral no es mas que la higiene canonizada por Dios, que á los individuos como á las sociedades siempre les saldrá mejor la cuenta obrando bien que obrando mal, y que si esto, como con tanta agudeza y exactitud dijo el filantrópico Franklin, lo comprendiese todo el mundo, los pícaros se harian buenos por picardía.*—HE DICHO.

UVA. BHSC. LEG. 08-1 n°0605





*UVA. BHSC. LEG. 08-1 n°0605*